

ROMANCES HISTÓRICOS MEXICANOS

A Tenochtitlan con grandes  
Y poderosos aprestos,  
Al anochecer de un día  
Le pone el último cerco  
En tan solemnes momentos,  
Y su sonido los montes  
A LA MEMORIA DE MI PADRE EL SR. LIC. D. JUAN PEON Y CANO.

Y guerra, dirigiendo los rios  
Y guerra, repiten los ecos  
Y quedan las sembranzas  
Y los hogares desiertos  
ROMANCE I  
Y donde no se oye  
Llenan de fosos el suelo,  
Hernando Cortés al frente  
De los españoles tercios,  
Diezmados por Cuiclahuatzin  
En una noche de duelo,  
Y con las huestes marciales  
De aquel tlaxcalteca ejército,  
Tan implacable en sus odios  
Y al Anahuac tan funesto,

171



A Tenuchtitlan con grandes  
Y poderosos aprestos,  
Al anochecer de un día  
Le pone el último cerco.

Suena el tambor del Teocalli  
En tan solemnes momentos,  
Y su sonido los montes  
Repercuten á lo lejos:

«Guerra», difunden los aires,  
«Guerra», repiten los ecos,  
Y quedan las sementeras  
Y los hogares desiertos.

Todos á las armas corren  
Ebrios, y de odio sedientos,  
Y donde no alzan trincheras  
Llenan de fosos el suelo.

El bronce truena, conmueve  
Los muros en sus cimientos,  
Y á su fulgor los aceros  
Brillan entre el humo denso;

Se oyen gritos de agonía,  
Crece el horror del estruendo,  
Y flechas, dardos y piedras  
El curso atajan del viento.

¡Gloriosos días de luto!  
¡Gloriosos días aquellos  
En que el altar de la patria  
Bañan en sangre los pueblos!!

La gran ciudad no se rinde  
Al conquistador ibero,  
Ni de los traidores teme  
Al número ni al esfuerzo;

Pues Cuauhtemotzin la guarda  
En instantes tan supremos,  
Y jura á los mexicanos  
Lidiar y morir con ellos!

Avanzan lentos los días  
Y lento avanza el asedio;  
Tras espantosos combates  
Y formidables encuentros.



El astro azteca se eclipsa  
 Envuelto en fúnebres velos,  
 Y cunde entre los sitiados  
 La angustia, no el desaliento.

La tierra se ha convertido  
 En un panteon inmenso,  
 Y nadan en la laguna  
 Los cadáveres sangrientos.

Se oye de hambrientas mujeres  
 El moribundo lamento,  
 Y devorando á sus hijos  
 Piden la muerte á los cielos.

Los ancianos sacerdotes  
 Y los valientes guerreros,  
 Cruzan las calles inmundas,  
 Sombríos y macilentos.

Y tan espantoso cuadro  
 Tal parece del infierno,  
 A los resplandores fúnebres  
 De las llamas del incendio.



Se difunde hasta los campos  
 La fetidez de los muertos,  
 Que insepultos en las calles  
 Son de la lid pavimento.

Cortés, tan grande heroismo  
 Y tanto infortunio viendo,  
 Manda al rey una embajada  
 Con dos nobles prisioneros.

Pídele cese el estrago,  
 Y por decorosos medios,  
 Rinda las armas, y entregue  
 La Capital de su reino.

Cuauhtemotzin, indignado,  
 De honor y constancia ejemplo,  
 Rechaza ofertas que juzga  
 Por deshonrosos convenios;

Y las citas y embajadas,  
 Y los constantes empeños  
 Del conquistador, recibe  
 Siempre digno, siempre fiero.

Con el Cihuacoatl le envía  
 A decir que está resuelto  
 A sucumbir en la lucha  
 Sin aceder á sus ruegos;



Que á conferenciar se niega,  
Que firme estará en su puesto,  
Que quien su deber conoce  
Por él sucumbe sin miedo.

Y el castellano orgulloso  
Tales razones oyendo,  
Ordena el último asalto  
Y entra á la lid el primero.



ROMANCE II

LA PRISION.

Defiende el azteca rudo  
Con un valor indomable,  
El trono de sus mayores  
Y su hacienda y sus hogares.

Y defiende más que todo,  
Porque más que todo vale,  
De su nacion infelice  
Las augustas libertades.